

LOS SILENCIOS

SÁBADO 31 DE marzo, 1973

22:13 La mujer que le gustó desde que entró a "El calamar inquieto" se había quedado repentinamente sola. Era una jovencilla delgada, de facciones delicadas y cabello oscuro; tenía un vestido estampado en color marrón que ni dejaba ver ni insinuaba parte alguna de un cuerpo. Demasiado fina para el lugar. La chica aquella se encontraba sentada frente a la barra, de espaldas al resto de la gente, con una copa que no probaba desde que Carlos la empezó a observar. Antes, la mujer aquella había estado lidiando con un hombre muy pasado de copas que, de pie, se bamboleaba de aquí para allá; el hombre le hablaba al oído, se reía a carcajadas y la tomaba de los hombros intentando abrazarla mientras ella le sacaba la vuelta. En tanto ella estuvo acompañada Carlos buscaba entre las demás mujeres, sentadas en sillas dispuestas contra la pared, como en los bailes de pueblo, escuchando la música tropical que ellas mismas se encargaban de poner en la rocola. Esa noche, a pesar de que era sábado, no había demasiados hombres en "El calamar". Las muchachas se veían aburridas, solas, algunas incluso bailaban entre ellas. Carlos vio a una chica de cabello castaño, largo, rizado y abundante. Se levantó de la mesa y se acercó a ella. La invitó. Bailaron una pieza. ¿Cómo te llamas?, le preguntó él y ella, con el chicle en la boca, con el cabello oloroso a perfume se le quedó viendo un instante. Vaquera, le dijo, y siguió bailando en silencio. Carlos se dio cuenta de que la mujer calzaba unas botas vaqueras. Sus piernas eran muy blancas, gruesas, velludas. No se depilaba. ¿Y yo? ¿No quieres saber cómo me llamo?, le preguntó él. Ella le lanzó una mirada de soslayo y no le contestó. Carlos, yo me llamo Carlos, le dijo. La Vaquera dejó escapar una risotada. ¿Por qué te ríes? ¿No me crees? Tengo un amigo que se llama igual que tú, dijo ella sin verlo a los ojos y tronando su chicle. La pieza terminó. ¿Quieres una copa?, ofreció Carlos. Ven, te invito a que te sientes un rato conmigo. Fueron hasta la mesa. Carlos le pidió algo de tomar. ¿Vamos a ir al cuarto?, le preguntó la mujer de manera abrupta. Carlos había venido expresamente de Hopelchén a Campeche con el propósito de acostarse con una mujer. Pero no le gustó el tono agresivo de la Vaquera. No sé, le contestó. Depende de cómo te

portes. Ella hizo un gesto de desdén y tan pronto se acabó su bebida se puso de pie y se largó. Carlos pidió otra copa. Entonces se dio cuenta de que la mujer de la barra que le había llamado la atención se había quedado aparentemente sola. El cantinero cambiaba impresiones con ella de vez en cuando pero la mayoría del tiempo la mujer se mantenía ajena, como hipnotizada por su propia mirada reflejada en el espejo del bar. Carlos se acercó a ella. ¿Me aceptarías una copa?, le preguntó. La mujer se volvió y lo recorrió con la mirada. Me duele mucho la cabeza, le contestó ella. ¿Por qué no bailamos un rato a ver si se te quita? ¿De dónde eres?, preguntó Carlos mientras bailaban. Alvarado. Debes hablar muy bonito. Nunca digo majaderías.

Las respuestas cortantes, la actitud reacia, el escepticismo hacia la comunicación verbal, tan característicos entre estas mujeres, fue cediendo tal vez a causa de que también fue cediendo su dolor de cabeza mientras bailaban. A cambio de entregar sus cuerpos a cualquiera que tenga para pagarles, ellas se obstinan en guardar para sí la poca y última intimidad que les queda: sus orígenes, sus pasados, sus tragedias personales y sobre todo sus sentimientos. No obstante y acaso por inexperiencia ella menciona que tiene familia en Veracruz. ¿Conoces Acapulco?, le preguntó Carlos. Ella movió la cabeza negativamente. Ya se acerca la Semana Santa. Vamos, le dijo Carlos. Ella lo miró desconfiada. ¿Cuándo? Durante la semana santa. Ella se rió por primera vez. No, no puedo. Para que lo conozcas, ¿no te gustaría? Ella movió la cabeza afirmativamente. Sus ojos brillaron por un instante. Pero no puedo, dice y sus ojos se apagaron. ¿Por qué? Tengo que ir a Veracruz.

Bailaron. Cuando terminó la tercera pieza Carlos estaba sudando. Ven, te invito una copa. ¿Te sientes mejor? Un poco. En la mesa, uno frente al otro, Carlos la observó. Era guapa. El tabique de su nariz era fino, delgado. Sus ojos negros se mostraban evasivos, sin centro, con sólo una luz esporádica. Casi nunca miraba a los ojos. Mientras bailaban ella mantuvo la mirada fija como si se hallara absorta en un paisaje lejano. Miró sus manos: morenas, muy delgadas, pequeñas. Sus venas verdosas se ramifican y apenas se transparentan en el dorso.

¿Vamos a ir al cuarto?, le preguntó. Pero qué insistencia, pensó Carlos de inmediato. Aunque claro, es natural. Ellas están aquí para eso, para sacar su noche. Han desarrollado un sentido para saber quiénes son los que vienen a la cama y los que nada más vienen a chaco-tear. Vamos a ir, claro que sí, pero déjame tomar otra copa. ¿Tú no quieres algo? Pídemelo un Presidente.

* Fragmentos de la novela *Gbarras* que aparecerá este año en la Editorial Joaquín Mortiz.

Mientras cruzaban la pista para dirigirse a los cuartos, en la parte de atrás, Carlos pensaba qué tanto de verdad habría en aquello de que hay que tratar a las putas como damas, etcétera... Esa mujer, arreglada tal y como estaba, si uno la sentaba en la sala de alguna casa con pretensiones de decente luciría mucho más como una dama que muchas que se jactaban de ello... Pero en ese momento otra chica, una alta, morena y risueña, se les acercó y le hizo una cosquilla a la pareja de Carlos. ¡Ay cabrona, hijueputa!, contestó ella sonriente, aunque en voz baja. ¿No que nunca decías majaderías?, le preguntó Carlos extrañado. Lo que dije no fue una majadería, ¿o sí?

El cuarto de ella era sobrio hasta lo impersonal. La cama, una maleta pequeña sobre una silla, un tocador. Los techos eran altos, con vigas viejas. Ella se dejó desnudar por Carlos y se acostó sobre la cama con los ojos cerrados, como dispuesta a soportar una intervención quirúrgica. Carlos la tomó suavemente. Cuando ella lo sintió frunció un poco la boca y, sin abrir los ojos, subió las piernas y se empezó a mover, las manos sobre su espalda. Carlos intentó besarla pero ella volvió la cara y le puso el cuello como indicándole allí puedes hacer lo que quieras siempre y cuando no me lastimes. Carlos empezaba a resollar y de tanto en tanto se separaba un poco de la mujer para observarla: imposible seguía con los ojos cerrados y la boca apretada, aguantando el peso de su cuerpo.

Ella adivinó cuando Carlos terminó y sin más lo hizo a un lado, se puso de pie y pasó al baño.

Cuando reapareció ella venía vestida con unos pantalones entallados que la hacían verse aún más delgada y pequeña de lo que era. Carlos le pagó y le dio una generosa propina. ¿Vas a pasar la Semana Santa en Veracruz?, le preguntó Carlos. Yo puedo ir a verte allí. ¿Me das tu teléfono? Ella lo dudó un momento, sacó un papelito y una pluma y anotó su nombre y su teléfono: Rosa María Hernández 31723. ¿Cuándo llegas a Veracruz? Desde el lunes. Pues allí nos vemos, dijo Carlos e intentó besarla en la boca pero ella colocó los dedos sobre los labios de él para detenerlo. Carlos permaneció quieto. Entonces ella bajó los dedos y permitió que su boca, la de ella, se acercara a la de Carlos y se tocaran. Nos vemos, dijo y cerró la puerta tras de él.

7 de febrero, 1974

6:58 Y pido también por la madre del señor gobernador para que la protejas y la cuides por mucho tiempo. En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, amén. El coronel se persigna, se pone de pie y abandona, con respeto y devoción, la catedral. Su paso es mesurado pero enérgico. Su rostro, sin embargo, no parece el de un hombre acostumbrado a la acción, a la violencia o al crimen. Tampoco parece un ejecutivo que toma decisiones, nervioso y calculador. En su vestimenta no hay nada que muestre su rango o de su poder: guayabera blanca, pantalón de dril, zapatos negros. El coronel es sencillo, discreto. Parece un hombre sosegado y tranquilo, incapaz de deseárselo mal a nadie. Es

como un maestro de escuela del que los alumnos se burlan en secreto a causa de su tolerancia y distracción por estar pensando siempre en asuntos relacionados con su materia. Su voz tiene un timbre agudo que no va con los ojos tristes, la frente amplia y el bigote grueso de su rostro. Sus hombros caídos delatan una actitud sedentaria; sus brazos son quizá demasiado cortos para su cuerpo. No, no es un atleta y seguramente nunca lo fue. De temperamento cordial cae con cierta regularidad en excesos de euforia o de negro pesimismo, acaso como rezago del cruento alcoholismo que sufrió durante años y del que ahora se siente curado gracias a la religión. Es abstemio y sumamente devoto. Tiene apenas cerca de un año como jefe de la policía del estado y ya se ha granjeado las simpatías de los industriales por su actuación en diversos asuntos y del pueblo en general que ve con azoro que un militar no tome una copa y asista diariamente a misa en la catedral. El gobernador se precia de saber estimularlo con halagos y palabras dulzanas cuando se deprime y también de frenarlo cuando sus enemigos políticos le dan cuerda. El gobernador lo ve con cierto recelo pues Gamboa fue impuesto por las autoridades federales y, en breve tiempo, ha ganado una enorme popularidad entre los yucatecos: "no se le olvide el lugar que ocupa dentro de la jerarquía del poder, coronel", le ha recordado en diversas ocasiones Loret de Mola.

—A casa del arzobispo —le ordena a su chofer.

Recorren parte de la ciudad mientras él lee el diario sentado en el asiento de atrás de su automóvil negro que no se hace custodiar por ningún otro vehículo. Todo el mundo en la ciudad de Mérida sabe quién es y no inspira temor, recelo o indignación aun cuando saben que ya ha cedido a muchas de las presiones del gobernador. No obstante, la gente le muestra respeto, confianza.

7:15 Cuando el automóvil se detiene en una de las residencias de la avenida Colón el chofer se baja y toca la puerta. Una sirvienta indígena, vestida de huipil, sale a abrir; al reconocer al chofer le dice:

—Pasen por favor, el arzobispo está esperando al coronel.

El arzobispo lo recibe también de guayabera. Tan pronto se ven los dos hombres se aproximan y se abrazan como dos colegas que pertenecieran a una misma institución.

—¿Cómo estuvo la misa coronel?

—Muy bien, don Manuel, recibí la comunión y pedí mucho por usted.

—¿Debe tener hambre entonces, ¿no? Venga, siéntese que ya tenemos todo preparado. Le hicimos jugo de cajera, ¿le gusta?

—Mucho. Dicen que su sabor amargo nos gusta sobre todo a los viejos, ¿usted que opina, señor arzobispo?

—Tal vez nuestras gargantas necesitan de un fruto amargo para que erradique la amargura que llevamos dentro de nosotros.